Mantel blanco

Pepe Bárcenas Freyre

Son diez para las cinco y ya Gonzalo corrió, como habíamos acordado al acostarnos, a levantar a Rosalbina que debe todavía planchar la camisa del cadete porque hoy, 29 de julio, tiene parada militar.

Los abuelos ya salieron de Huacho en colectivo y estarán aquí porque, si tenemos suerte y el viejo está con plata, también iremos al chifa, por ser las fiestas patrias. Celebraremos, además, el orgullo que nos inunda a todos cuando él pase levantando los pies hasta los hombros, sin mirarnos, aunque sabe que estamos como siempre en la terraza de la tía Bertha, contentos y seguros en nuestro palco de honor en plena avenida Brasil.

Recuerdo que, en Semana Santa, todos nos levantábamos muy temprano y a prisa, para recorrer las estaciones e ir después al chifa. Mas eso es otra cosa: en fiestas patrias parecemos pavos reales hinchados de orgullo por nuestro cadete; y todo se posterga porque hoy, hay desfile militar.

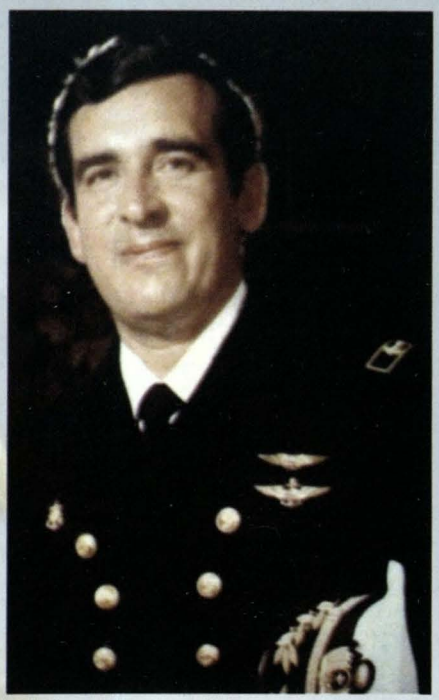
Lo bueno de tener familia grande era que los alborotos se armaban de inmediato y en menos de diez minutos ya todo el mundo caminaba por la casa inmensa preparando desayunos, recogiendo ropas del cordel, lustrando zapatos y sacando brillo a los botones del uniforme militar. Luego salía mi padre para dejarlo en la escuela y llegar todos juntos y formarnos en la zona del desfile para mantener la mirada solemne, clavada hasta la media tarde, cuando doblen por la última esquina del recorrido oficial.

Cuando lleguemos al restaurante perseguiremos a los mozos con nuestros interminables pedidos y los gritos y peleas de los chicos por los mejores lugares en la mesa.

Ubicados y más tranquilos se comentará el desfile, mis abuelos dirán orgullosos que mi hermano se parece al padre del padre de mi padre, que heredó el mismo porte y el garbo familiar.

Mi madre se preocupará por las horas interminables que los cadetes han pasado esperando el turno para lucir sus uniformes, pero luego sonreirá orgullosa porque todo habrá salido otra vez bien.

La mamama Isa no necesita decir palabra alguna.



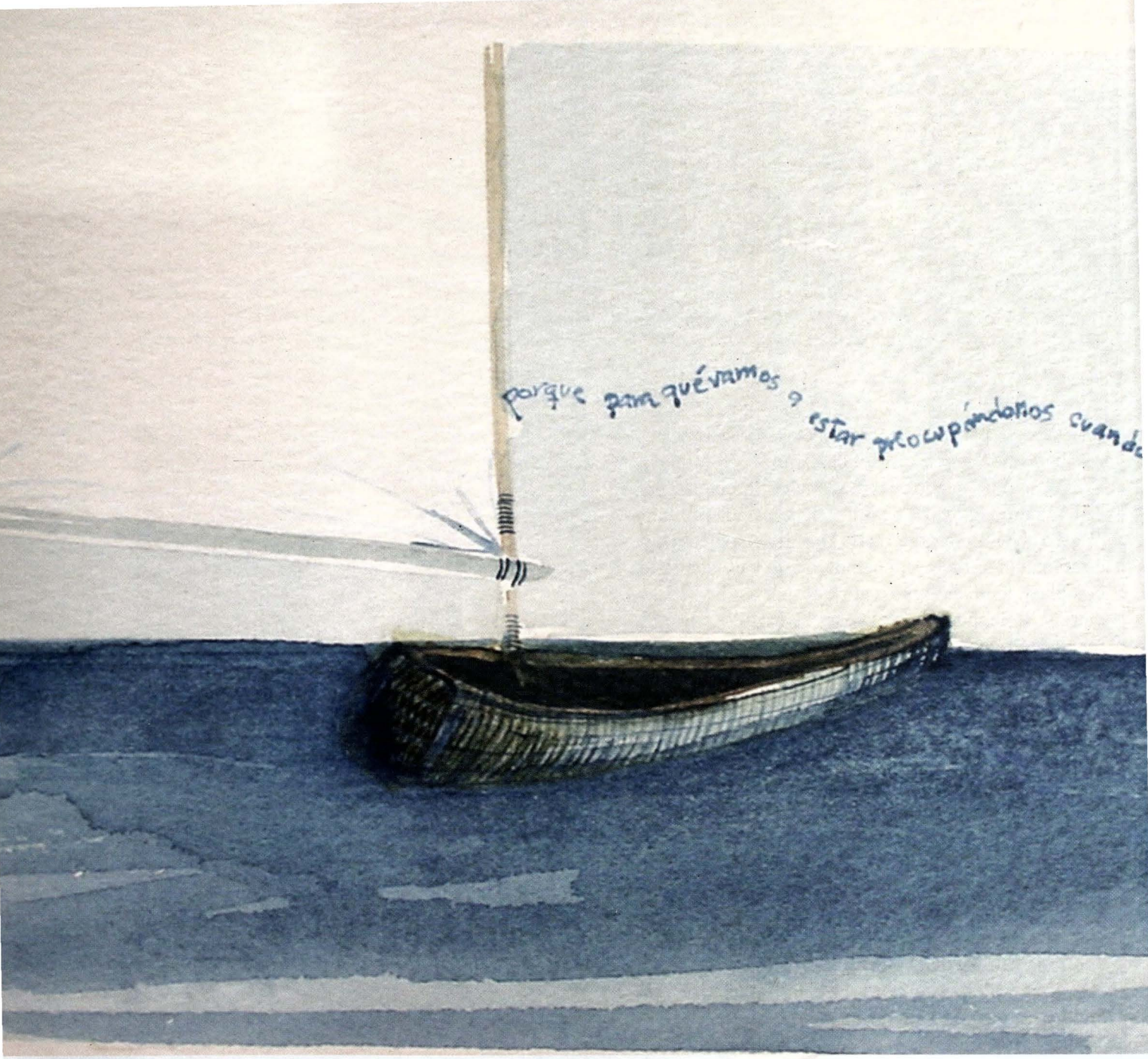
Capitán de fragata Jorge Luis Bárcenas Freyre.

Sabe porque la vida le ha regalado esa fantasía convertida en certeza, que su hijo muerto está vivo otra vez cada vez que su nieto preferido se pone el uniforme y se acerca a darle un beso para pedirle su bendición. Es su preferido y es justo que así sea.

Este año me siento de todas maneras al lado de Gonzalo, mi hermano menor, que nunca termina de comer y generalmente se aburre y deja sus platos a la mitad, y entonces feliz, me siento poderoso y dueño de dos lugares en nuestra inmensa mesa para doce.

La lucha por un lugar en mi familia empezó, para todos, desde que nacimos; en mi caso, por no ser el primogénito que merecía siempre todo el respeto, no sólo por ser el mayor sino también por haber heredado la vocación militar del tío fallecido en acción; ni tampoco el menor porque: "pobre tu hermanito es muy chico y no sabe caminar por las calles, por eso tienes que ir a comprar a la botica, al mercado y a la bodeguita, porque nos falta un poco de azúcar, o un enchufe para el televisor. 'Tenía que hacerlo sin protestar'.

El bistec se cortaba en casa en partes desiguales, porque el cadete siempre necesitaba alimentarse



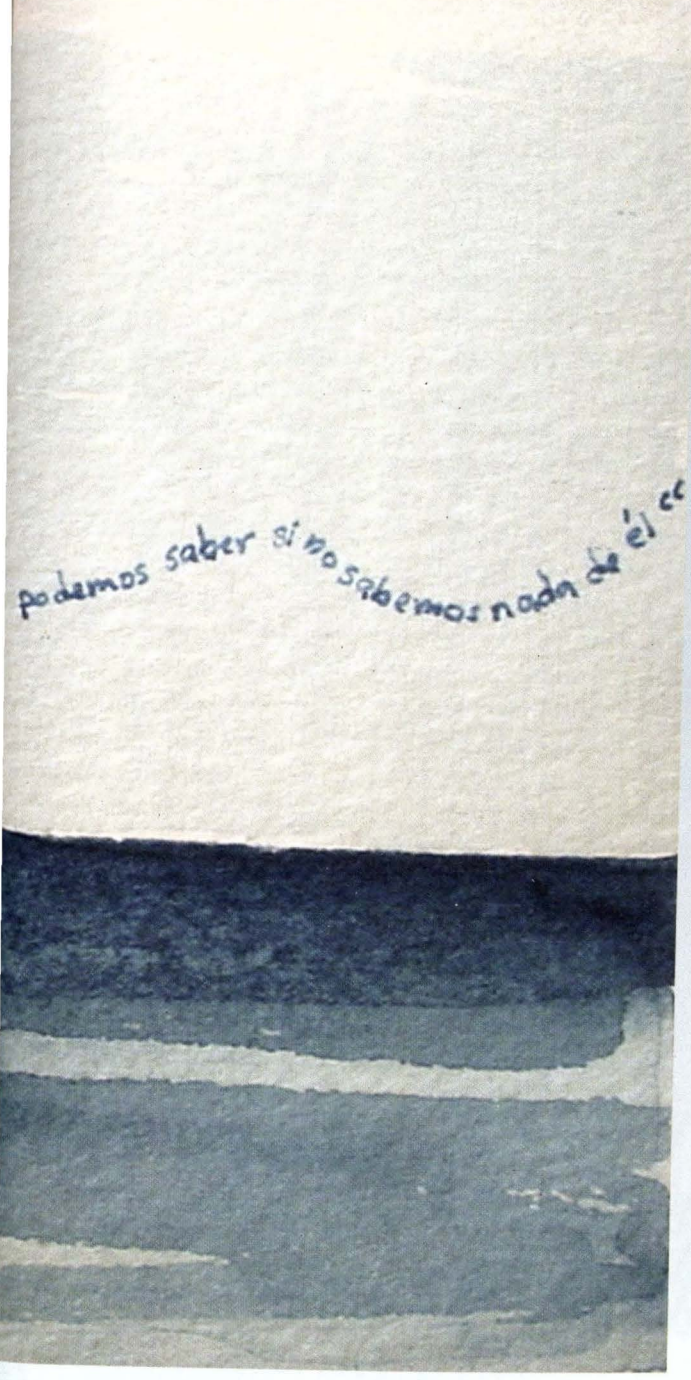
bien, tenía mucho trabajo por hacer y además servía a la patria, y el menor debía comer bastante.

A mí me tocaba llegar agotado, al ir corriendo al colegio todas las mañanas, por los pasos inmensos de mi hermano mayor al arrastrarme por las calles de Barranco cinco minutos antes de que tocaran la campana de entrada a clases. No me quedaba otra alternativa que correr tras él, y luego tener que esperar que el menor estuviera listo para cuidarlo porque: "pobre, no sabe llegar al colegio solo y tú eres su hermano mayor".

Sería por eso que la tarde del terremoto lo dejé en el colegio y sin saber por qué no pude evitar olvidarme de recogerlo de su salón. El pobre lloró desconsolado casi una hora hasta que llegué a buscarlo, responsable al fin de su minoría de edad, pero vengado para siempre. Conforme con mi lugar intermedio, orgulloso de mi hermano el militar, pero poco informado de lo que significaba para mí, andaba creciendo de año en año.

Y así por fin llegó el día en que me pude sentir importante, y es que mi hermano mayor, el marino, me había invitado a viajar con él en un barco que lleva petróleo al puerto de Salaverry; significaba estar una semana viajando por el mar; pidió permiso a mi papá y le dijo que sí. Una semana entera lejos de casa, y en plenas vacaciones escolares, viajar y tener que portarme bien. Qué emoción inmensa provocó en mí aquel plan.

En ese viaje descubrí el mar. Aprendí, sin darme cuenta, a amar esa inmensa cubierta de agua; donde el hombre es el amo y señor, donde se entiende por una vez y para siempre la vocación del marino. Y así fue, porque mi hermano había decidido, quién sabe si pensándolo o no, compartir conmigo su pasión: ser marino.



Salimos muy temprano, una mañana, con mi maletín lleno de ropa porque dormiríamos afuera algo más de cinco noches. Ya tenía 13 años y me tropezaba con los cambios repentinos de mi cuerpo como todos, generalmente, a esa edad. Me empezaba a sentir incómodo, todavía, con el trato infantil que recibía, y ya tenía opiniones radicales sobre cada cosa que veía a mi alrededor: Si la vida religiosa era válida, o si el trato que nos daban era correcto, si el presidente debía gobernar o podría ser un payaso, si la comida que recibía o la propina era la adecuada y por supuesto me parecía que todo podía ser de otra manera. Pero el mar no tenía discusión. Esa mañana sentí que era muy importante: estaba invitado a dar un viaje hacia el norte del país. Me costó mucho dormir la noche anterior y es que acostumbrado a hacer lo que la familia en tropel programara, ahora me sentía convertido en un chiquillo introvertido, de pocas palabras y muchas fantasías. Pronto estaría frente a mí mismo por varios días con sus noches y además, sin saberlo todavía, a punto de descubrir un mundo diferente.

Nos trasladamos rápidamente hasta el Callao, trepamos al barco y una vez verificadas las condiciones de carga y personal, se me asignó un camarote pequeño del que recuerdo poco. Tal vez por haber estado tanto tiempo mirando y mirando el mar. Vimos por la ventana la inmensa masa de agua, poderosa, amenazante, amistosa, continente, sin límites ni bordes por sus cuatro costados y partimos sin más trámites hacia esos seis inolvidables días.

Recuerdo especialmente la hora de comer. Allí no había que pelear con nadie para ser bien atendido y eso ya era toda una aventura. Como mi hermano era oficial, teníamos las comidas en el comedor principal y lo único que tenía que superar era el mareo.

Mi organismo lo asimiló como un costo pequeño comparado con tanto disfrute. El vaivén de las olas del mar pasó de inmediato a ser parte de la magia de la lejanía y la paz del mar.

Y una imagen que siempre estará en mi recuerdo será: el mantel blanco y los jugos de naranja en copa todas las mañanas al desayunar, y la forma en la que el líquido brillante se movía para recordarnos que no estábamos en tierra firme, y que esa era una opción vital: no sentir bajo los pies la firmeza de la tierra sino la intensidad del movimiento de las aguas. Como un péndulo, muy lentamente, el líquido se inclinaba a un lado y luego hacia el otro, mientras los oficiales conversaban sobre las dificultades de la travesía, mientras me interrogaban sobre las condiciones de mi mareo, y yo sonreía; sólo sonreía feliz porque ya no sentía nada, absolutamente nada más que el mar. Solamente el mar alrededor, la fuerza de las mareas y el mantel blanco con el jugo de naranja en copas.

Al atardecer el sol se ponía en espectaculares rojos y amarillos, mientras el barco abría una zanja sobre el mar calmo. Al ponerse la luna, los brillos parecían una manta de color plata sobre el mar, y la inmensa bola reluciente parecía querer hundirse en el horizonte, mientras las horas pasaban en silencio. En todo el viaje no nos tocó tormenta alguna, todo fue calmo y por eso tal vez no hay nada peligroso que contar, pero en medio de esa inmensa siesta marina los pensamientos se trastocan, las ideas se reacomodan, y como el día se detiene sientes que tienes tiempo para pensar, y a los 13 años esa calma es infrecuente.

Mirar las estrellas surcando mar adentro es una experiencia única. Presentir la lejanía de las ciudades, la distancia de las costas, no ver tierra ninguna, es una sensación magnífica, un aislamiento delicioso cuando el hombre puede estar en paz consigo mismo.

Han pasado más de treinta años y la imagen sigue fresca y viva dentro de mí. Nunca podré retornar la generosidad y el privilegio. Fue allí cuando entendí lo que es el mar para el marino: un espacio, un refugio. Y una pasión, porque también es riesgo y osadía. Un destino inevitable, un hábitat natural reencontrado.

Pero mi hermano tenía también otras pasiones, y en pocos años encontró la manera de vivir ya no sólo sobre el vaivén de las olas o en la violencia de la mar brava en altamar, sino sobre la libertad del aire. Y logró hacerse aviador naval. Demostró tener todavía más comunión con el tío fallecido, que había dejado un vacío en el corazón de mi abuela, muriendo en acción aérea veinte años atrás, y él decidió ocupar ese vacío y volar sin detenerse hasta el último día. Pero esa es otra historia y hoy estamos aquí, entre los recuerdos de las inmensas aguas del norte.

Mientras estaba, de mañana, conmigo mismo en la soledad, las mareas sacudían levemente al barco cargado de combustible, pero por las tardes el mar transitaba cómodo sobre el barco, lavando una y otra vez la superficie. Algunas veces parecía querer tragarse la embarcación, mientras la fuerza de los motores cortaba las mareas con elegancia y sin tregua.

Pero el viaje no lo haríamos tan solos. Fue en la última mañana que aparecieron los delfines, y en comitivas de nueve o diez acompañaban nuestro camino por horas y horas, regresando cada tanto a jugar a nuestro lado. Todavía recuerdo que había traído conmigo una cámara fotográfica, retratando feliz todas esas imágenes con alegría. Sentía intensamente la soledad del mar, el respeto que las enormes mareas generan, la importancia del control de la navegación que se dibujaba en los adustos rostros de los oficiales y la enorme felicidad de ser el invitado especial, aunque sea por unos días en esta comunidad de hombres de mar, en misión oficial.

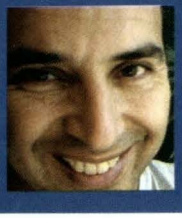
Tal vez, allí fue que descubrí lo que es una verdadera vocación. Comprendí tanto esfuerzo y esa sensación de responsabilidad compartida que mis padres le ponían a cada acto en apoyo a tu carrera. Lo que siempre estuvo presente en tus acciones, la certeza de estar participando en la importante tarea personal y colectiva de pertenecer a la Marina de Guerra del Perú.

La convicción del esfuerzo realizado, el recuento de la energía invertida y las alegrías y el orgullo, incorporados hicieron tal vez en el fondo del alma entristecida más llevadera tu ausencia. Un día faltaste, te fuiste volando y en el mar se unieron tus dos pasiones y te llevaron para siempre. Yo recordé intensamente aquellos días compartidos en alta mar, y me tranquilizó saber que quisiste que conociera tus espacios, tus tareas cotidianas, que comprendiera el significado de tener una profesión; y tal vez me enseñaste a construir lo que hoy es mi vida, una larga cadena de responsabilidades: con las personas, la salud y la tierra donde vivimos. Con los muertos pasa algo peculiar y es que ellos no envejecen, logran vencer al tiempo y permanecen, en el recuerdo, idénticos como el día en que se marcharon. Hoy tengo mucha más edad que la que tenías cuando partiste, y es extraño sentirme mayor que el hermano mayor que siempre tuve.

Desde aquel día ya el mar no es el mismo. Entrar en él es como estar contigo y me encantaría jugar entre las olas y preguntarte en qué pasión ocupas hoy tus días.

Cuando contemplo el mar sé que estás en él y en algún lugar te escondes. Sé también que fuiste y serás para siempre parte de él. ⚓

A mi hermano, el capitán de fragata
Jorge Luis Bárcenas Freyre.
Fallecido en actividad el 29 de abril de 1986.
Miembro de la Aviación Naval.



Pepe Bárcenas Freyre

Realizó sus primeros estudios en el colegio San Luis de Barranco, posteriormente ingresó a la Pontificia Universidad Católica del Perú obteniendo la Licenciatura en Sicología Clínica. Paralelamente realizó estudios de piano y destaca como intérprete e investigador de música popular peruana e internacional. Al incursionar en el canto lográ el éxito de la crítica por sus interpretaciones de boleros. Es especialista en la aplicación de la musicoterapia en el ámbito siquiátrico. Actualmente es sicólogo clínico, director del equipo de Terapias de Arte, y docente universitario en la misma especialidad.


Petro-Tech es una empresa Peruana conformada por capitales extranjeros que inicia sus operaciones de exploración y producción de hidrocarburos en el lote Z2B en el zócalo continental en el año 1994. Petro-Tech produce en la actualidad un promedio de 13,000 barriles diarios de petróleo y 65 millones de pies cúbicos de gas por día, ubicando a la empresa como el segundo productor de petróleo en el Perú. Los esfuerzos de Petro-Tech se orientan a la busqueda de nuevas reservas de hidrocarburos utilizando estudios constantes de investigación y tecnología de avanzada. La conservación del ambiente marino y el equlibrio ecológico son los principales factores dentro de las actividades de Petro-Tech.
PETRO-TECH
PERUANA S.A.
Av. Los Incas 460 San Isidro , Lima - Perú
Central: (51-1) 440 9550 Directo: (51-1) 440 9915 Fax: (51-1) 222 4899 E-mail: cderueda@petro-tech.com.pe

INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTÓRICO-MARÍTIMOS DEL PERÚ

ESTUDIOS DE DOCTRINA MARÍTIMA

Un desafío institucional a la superación personal y profesional

El Comité de Doctrina Marítima de la Comisión de Estudios Estratégico Marítimos del Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú (INSMAR), tiene el agrado de invitar a los señores oficiales de Marina en situación de actividad y retiro con estudios de nivel superior al del curso de Comando y Estado Mayor, a suscribirse para iniciar sus actividades institucionales de estudio e investigación que INSMAR realiza en los diversos aspectos de la doctrina marítima nacional e internacional en forma libre y autodidáctica.

Para solicitar su inscripción u obtener mayores informes dirigirse al correo electrónico:

insmarceem@telefonica.net.pe

Lima, 30 de setiembre del 2003

Tractebel

Una filosofía, infinitas soluciones

1 + 1 = ∞

TRACTEBEL PERU

ENERGIA DEL SUR

TRACTEBEL INDUSTRIAL SERVICES PERU

GAS NATURAL DE LIMA Y CALLAO

...